

Textos

Alegoría

¿Qué representa esa pulposa, esa opulenta mujer sentada sobre un globo terráqueo y colocada en pleno corazón de la contienda? Acaso es la Fortuna, y se la muestra maltrecha en este mundo abyecto de belicosos, sanguinarios y abusivos. Por eso se la disputan los combatientes con frenesí feroz. El vigoroso brazo de un soldado acorazado tira de sus cabellos para tumbarla, arrastrarla y enlodarla. Otro, con cota de cuero, parejamente robusto, desgarrar su vestido; quiere desnudarla, y ya un seno tan redondo como el mundo aparece, turgente, al descubierto, atizando la lasciva saña de los guerreros. Una lanza punza el paño de la doña en busca de su tierno vientre. Ella levanta sus brazos e implora auxilio a los arcángeles que, cáliz y llaves en mano, contemplan desde el cielo tamaño ultraje. Pero, aunque la legión angélica hiende con una cuña de claror el manto de tenebrosas nubes, unos rayos rasantes hacen suponer que la luz dimana de otra fuente.

O se trata más bien de un martirologio y los mensajeros aladados bendicen el tormento de la dama. O mejor aún, ella encarna a la mortificada Iglesia que, no obstante la malignidad del mundo, siempre vela por la virtud de los hombres. Asistimos entonces al enfrentamiento encarnizado de cristianos con sarracenos. Por eso el arquero moruno rasga la bandera que enarbola el caballero de la pavonada armadura. Por eso es tan cruel el encono, tan bárbara la furia, igual de los fieles que de los infieles. De ahí ese amasijo de cadáveres que los guerreros en su atropello hollan. Pero el rey, con donaire y parsimonia tales, no puede sino ser benéfico. El empujón brutal de la soldadesca contrasta con la bonanza del soberano que, corveteando su corcel, único signo de inquietud, presencia serenísimo la refriega.

El Martirio

A un lado está el palacio y al otro, las ruinas. La condenada ocupa el centro de la escena. De rodillas sobre un pedestal de piedra, guarda una actitud contemplativa; eleva los ojos hacia el cielo, echa los brazos hacia atrás a la par que los abre, presta a ser poseída. Piadosamente se ofrece al verdugo que le franqueará, con el sable que tronche el largo cuello, el pasaje hacia la felicidad eterna. Tanta unción benévola insinúa que la víctima anticipadamente goza de la plenitud que pronto y para siempre podrá disfrutar. A esta gloria se ha prometido la grácil devota. Todo sufrimiento suyo, cualquier ultraje que el destino le deparara fueron para ella pruebas preparatorias de su supremo sacrificio. Acontece ahora el acto culminante. La ejecución consumará, consagrará por fin la santidad de la mártir.

El déspota impío, el bárbaro ejecutor de un designio divino presume el alcance de la inmolación. Ha tomado todas las disposiciones para otorgarle la requerida magnificencia. La víctima es también una reina. Lozana, garbosa, su escotado vestido deja entrever la belleza del busto. El victimario hubiera preferido gozar de ella antes que ultimarla. Pero prescrito está el papel de cada actor en este pesadoso y a la vez festivo

drama. Su ineluctable desenlace sólo tolera variantes de detalle, no del orden ni de las relaciones, no de los caracteres ni de los procederes. El sanguinario no puede condescender, ser compasivo con la inmolada. No puede indultarla. Un extraño arbitrio reclama la ultranza, irrecusablemente le impone el crimen.

Desde lo alto de la escalinata, bajo el peristilo engalanado a manera de palio con purpúreos paños, sentado sobre su trono, el rey asiste a la decapitación. Lo acompaña su corte, el séquito de dignatarios y la guardia militar. Un capitán con casco empenachado la comanda. Monta un espléndido alazán. Otro grupo más humilde, con atuendos largos, representa al pueblo. También presencia el ajusticiamiento.

Severo, ceñudo, el rey se apronta a dar la señal al verdugo. A su diestra, un Vulcano esculpido perpetuamente arroja un fulminante rayo. Las nubes se entreabren, el cielo resplande. Bandadas de ángeles revolotean en torno del patíbulo, acuden para glorificar a la beatífica y escoltarla en su ascensión.

Destierros

Te expulsan. Te desentrañan. Cortan el ligamento que te aúna: te desunen. Ya no te infunden tu sustento. Debes sorberlo. Debes comerlo. Desmenuzar la presa a dentelladas, hacer pasar lo ajeno por tu fauce, engargantarlo. Apartado de lo que te asemeja, descubres que no todo es uno ni de uno. Y lo que más se quiere no se puede, no se tiene. Lo que más llama, eso que reclamas, puede quedar lejos de tu alcance. Queda afuera y te resiste. Opaco y duro, lo otro, lo no tuyo, dista, no accede, agrede. Todo aquello te desoye, repulsa tu apetencia que siempre te desborda y que no cesa. Aunque te falte tanto, debes contentarte (te inducen) o por lo menos contenerte. Ni gritar ni llorar. Insaciable, te ensimismas, buscas por dentro. Sueñas con lo que se persigue y no se logra. Sueñas a poseerlo. Semejante juego algo te aplaca. Pero cuando lo dejas, cuando de ti sales, de tu fuero, te destierras. Revives tus separaciones. Cada salida te descarna. Como si te desprendiesen de nuevo del pezón. Es como si te amputaran esa lechosa pulpa que con halago embocas y te colma. Te despegan; para que te acostumbres a la arrancadura, otra vez te destronan. Y siempre sin quererlo. Hay partes de tu cuerpo que debes postergar, que no complaces. Frustradas, se sublevan, implantan la discordia: te disocian. Cada cosa que te gusta quieres apropiarte, incorporarla, hacerla consubstancial. Pero te la suplantán. Te la suplen por algún sonido que hace las veces. Cuando lo oyes, tienes que reconocer lo que no ves ni tocas, no hueles ni saboreas. Al fin, te habitúas a apalabrar el mundo sin asirlo. Dices lo que puedes, pero resulta poco; lo más queda sin nombre. Tan lejos estás de lo que mientas que las palabras andan por un lado y tú por otro, apenas coincidiendo. Cuando más intenso lo que vives, cuanto más vivo lo que sientes, en ellas menos cabe. Hablas de prestado, en una lengua de la que no te posesionas, donde no aposentas. Por ella, nunca llegas a manifestarte enteramente. Ella te desasiste: te destierra. La historia sigue, es larga, ésta de tus desalojos. A cada rato te sacan de tu casa. Quedas a la intemperie. En vano llamas, nadie responde. Por ti no acuden. No consigues regresar del todo. Cambias de paradero, pero habitas siempre a medias. Algo de ti queda vacante. Aunque mitigues la añoranza, tu memoria te traiciona. No comandas tus recuerdos. Te acucian. Éstos hacen de las tuyas. Extrañas aquel tiempo, aquel lugar, anhelas lo nutricio, tu reino de la semejanza donde todo contigo vuelve a ser, se empareja, es indistintamente uno y para ti, deseas la cariñosa casa donde ni más ni menos, justo el calor que te hace falta, dentro del muelle seno del sosiego. Entrás en la amorosa esfera, ésa, ésa, entras en posesión (parece), recobras la sedosa guarida, la caricia duradera, por fin completamente, por fin disfrutas, aunque nada de esta dicha logres retener. ◇

